

recelar, y que reflexionaba acaso por vez primera en su vida, no lo notó. Gavroche, en cuanto llegó donde estaba el señor Babeuf, tiró el bolsillo por encima del seto y huyó á todo correr.

La bolsa cayó á los piés del señor Babeuf; el ruido que hizo al caer le despertó; se inclinó, la cogió y la abrió, sin comprender qué era aquello. Era un bolsillo con dos divisiones; uno de ellos contenía calderilla y el otro seis napoleones.

Asombrado el señor Babeuf, entregó la bolsa á su ama de gobierno.

—Esto ha caído del cielo! exclamó la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO.

Cuyo fin no se parece al principio.

I.

La soledad y el cuartel combinados.

La tristeza de Cosette, punzante y viva aun cuatro ó cinco meses antes, sin notarla ella habia llegado al estado de convalecencia. La naturaleza, la primavera, el cariño que profesaba á su padre y la alegría que dan los pájaros y las flores, infiltraban poco á poco, día por día, gota á gota, en su alma jóven y virgen, algo semejante al olvido.

¿Se apagaba completamente el fuego en su corazón, ó solo se iban formando en él capas de ceniza? No nos atrevemos á decirlo; el hecho era que ya no le sentía abrasador ni doliente.

Un día que se acordó de Mario, exclamó con extrañeza:

—Calla!... pues ya no pienso en él!...

Aquella misma semana, al pasar por delante de la verja del jardín, se fijó en un apuesto oficial de lanceros, de brillante uniforme, de bigote retorcido, de linda é insolente fisonomía, que era la antítesis de la de Mario. Llevaba un cigarro en la boca. Cosette creyó que este oficial era del regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente le volvió á ver pasar y se fijó en la hora. Desde entonces lo vió pasar todos los días.

Los compañeros del oficial notaron que habia en aquel jardín inculto y detrás de la verja churrigueresca una hermosa niña, que estaba allí siempre que pasaba el bizarro teniente, que no

es desconocido para el lector: se llamaba Teodulo Gillenormand, y le decían:

—En ese jardín hay una jóven que se fija en tí; obsérvalo.

—¿Acaso tengo yo tiempo para entretenerme con todas las muchachas que me hacen guiños? respondía preguntando el lancero.

Esto sucedía precisamente en el momento en que Mario llegaba á la agonía de la miseria y exclamaba:

—Si pudiese verla antes de morir!...

Si hubiese podido realizar este deseo, se hubiera encontrado á Cosette correspondiendo á las miradas de un lancero y hubiera muerto de dolor.

Quién sería el culpable? Nadie.

El temperamento de Mario era de esos que se sumergen en la tristeza y mueren en ella. Cosette, por el contrario, se sumergía, pero luego sobrenadaba.

Cosette, además, atravesaba el instante peligroso de la fase fatal del ensueño femenil, en que el corazón de una jóven aislada se asemeja á los sarmientos de la vid, que por casualidad se enganchan al chapitel de una columna de mármol ó al poste de una taberna. Momento rápido, decisivo y crítico para toda huérfana, pobre ó rica, pues la riqueza no basta á impedir una mala elección; se verifican alianzas muy desiguales, porque la verdadera desigualdad del casamiento es la de las almas, y así como un jóven desconocido, sin nombre, sin familia y sin fortuna, puede ser un capitel de mármol que sostenga un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, así también un hombre de mundo, satisfecho y opulento, mirándole, no por el exterior, sino por el interior, como debe mirarlo la mujer, puede ser una viga estúpida conmovida por pasiones violentas é inmundas; esto es, puede ser el poste de una taberna.

Qué habia en el alma de Cosette? Una pasión calmada ó adormecida: amor en el estado flotante; algo que era límpido y brillante, turbio á cierta profundidad y oscuro más abajo.

La imagen del bizarro oficial se reflejaba en la superficie. ¿Quedaba el recuerdo en el fondo?

En el fondo tal vez, pero Cosette no lo sabia.

Entonces ocurrió un incidente singular.

II.

Miedo de Cosette.

En la primera quincena de Abril Juan Valjean hizo un viaje; esto le sucedía á veces á largos intervalos, y estaba ausente uno ó dos días.

Dónde iba? Nadie lo sabia, ni Cosette.

Solo una vez, en uno de sus viajes, ésta le acompañó en coche hasta la esquina de un callejon sin salida, que tenia este letrero: *Callejon de la Planchette*. Allí se despidió de Juan Valjean y Cosette se volvió en el coche á la calle de Babilonia. El anciano hacia estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Estaba ausente, y al marcharse dijo á su ahijada:—“Volveré dentro de tres días.”

Por la noche Cosette estaba sola en la sala. Para matar el fastidio abrió el piano y empezó á cantar, acompañándose ella misma, el coro de Euryanthe: *Cazadores perdidos en el bosque*, etc.; cuando concluyó de cantarlo se quedó pensativa.

De repente creyó oír pasos por el jardín.

No podían ser de su padre, porque estaba ausente, ni de la tía Santos, porque ya se habia acostado.

Eran las diez de la noche.

Se dirigió á la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó el oído.

Le pareció oír los pasos de un hombre que andaba con suavidad.

Subió precipitada al primer piso, á su cuarto, abrió un ventanillo y miró hácia el jardín. Habia luna llena y estaba claro como si fuese de día.

No vió á nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba en silencio y lo que se veía de la calle desierto como siempre.

Cosette pensó que se habria engañado al creer oír un ruido y que era el alucinamiento que la produjo el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos á la vista como un bosque vertiginoso, en el que se oye el ruido de las ramas muertas bajo las plantas inquietas de los cazadores, casi envueltos en el crepúsculo.

Creyó engañarse y no pensó más en esto.

Además, Cosette no era asustadiza: corria por sus venas sangre de las gitanas y aventureras que van con los piés

descalzos. Recuérdese que era alondra y no paloma, y que tenia un fondo de valor y de energía.

Al día siguiente, más temprano, á la caída de la tarde, se paseaba por el jardín, y estando embebida en sus pensamientos, creyó oír con claridad un ruido semejante al del día anterior, como si alguno andase en la oscuridad por entre los árboles y no lejos de ella; pero tampoco hizo caso, diciéndose que nada se parece tanto á los pasos sobre la yerba como el roce de dos ramas que se separan; además, no veía á nadie.

Salió de la maleza y tenia que atravesar un espacio alfombrado de yerba menuda para llegar á la escalinata del pabellon. La luna, que acababa de salir á sus espaldas, proyectó su sombra delante de ella, sobre dicho alfombrado, cuando salió de la maleza.

Cosette se paró atemorizada.

Al lado de su sombra, la luna proyectaba con claridad sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible; una sombra que llevaba sombrero redondo; parecia ser la de un hombre que estuviese de pié en la orilla del césped, á pocos pasos, detrás de la jóven.

Cosette permaneció un instante sin poder hablar, gritar, ni moverse, ni volver la cabeza: al fin, reuniendo todo su valor, la volvió resueltamente.

Pero no vió á nadie.

Miró al suelo; la sombra habia desaparecido.

Penetró otra vez en la maleza, registró con audacia todos los rincones, llegó hasta la verja y á nadie encontró.

Quedóse helada. ¿Habia sido aquello otra alucinación? Dos días seguidos? Lo que sobre todo la inquietaba en la sombra es que no era un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al día siguiente regresó Juan Valjean.

Cosette le refirió lo que habia creído ver y oír, esperando que su padre la tranquilizara, y que encogiéndose de hombros la dijera:—Eres una loquilla!

Pero Juan Valjean se alarmó.

—Quizás no sea nada, la dijo.

La dejó con cualquier pretexto y se fué al jardín.

Cosette observó que examinaba la verja detenidamente.

Por la noche la jóven se despertó: esta vez estaba segura de oír pasos cerca de la escalinata, bajo su ventana, y la abrió. En efecto, en el jardín vió á un hombre

que llevaba un garrote en la mano. Iba ya á gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre. Era su padre.

Volvió á acostarse, exclamando:

—Está inquieto como yo.

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín y Cosette le estuvo observando desde el ventanillo.

La tercera noche estaba la luna en menguante y salía más tarde; hacía la una, Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba:

—Cosette!

La jóven se levantó de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba en el césped del jardín.

—Te despierto para tranquilizarte, la dijo. Mira, aquí está la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que proyectaba la luna y que, en efecto, parecía el espectro de un hombre con sombrero redondo; era la silueta que producía un tubo de chimenea de hierro con chapitel, que subía por encima de un tejado próximo.

Cosette se echó á reír como su padre y se desvanecieron sus lúgubres suposiciones. Por la mañana, cuando estaba almorzando con Juan Valjean, se chancó sobre el siniestro del jardín, al que visitaban las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente y Cosette se entretuvo en examinar si el cañon de la chimenea llevaba la misma direccion que la sombra que habia visto, ó que creyó ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del cielo. No notó la singularidad de que un cañon de chimenea tema ser sorprendido en flagrante delito y se retire cuando miran su sombra. Esta sombra desapareció cuando Cosette fué á contemplarla, y ella creía estar segura de ello. La jóven se quedó tranquila. La demostracion le pareció evidente y creyó que fué aquello un efecto de su imaginacion, lo mismo que los pasos que oyó de alguno que andaba por el jardín.

Algunos dias despues ocurrió otro incidente.

III.

Enriquecido con comentarios de la tia Santos.

En el jardín, cerca de la verja que daba á la calle, habia un banco de

pedra, defendido por un enrejado de cañas de las miradas de los curiosos, pero hasta el que podía llegar el brazo de un transeunte al través de la verja y del encañizado.

Una tarde del mismo mes de Abril, que habia salido de casa Juan Valjean, Cosette, despues de ponerse el sol, se habia sentado en el referido banco. El viento penetraba por entre los árboles; Cosette meditaba; invencible tristeza sin objeto iba apoderándose de ella poco á poco; esa tristeza que produce la caída de la tarde y que proviene tal vez del misterio de la tumba, entreabierta á esa hora.

Fantina quizás estaba en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió con lentitud una vuelta por el jardín, andando sobre la yerba inundada de rocío y diciéndose al través del sonambulismo melancólico en que se sumía:

—Debía usar zapatos gruesos para andar por el jardín á esta hora; es fácil constiparse.

Despues volvió al banco.

En el momento de volver á sentarse, observó en el sitio que habia ocupado una gran piedra que no estaba antes. Cosette la contempló, preguntándose qué era lo que aquello significaba. De repente le ocurrió la idea de que la piedra no se habia puesto sola en el banco y, por lo tanto, de que debia haber pasado algun brazo al través de la verja: esta idea le causó miedo, miedo verdadero esta vez, porque la piedra estaba allí y no era posible dudarlo; no la tocó, huyó sin atreverse á volver la cabeza, se refugió en la casa, cerró en seguida con maderas, con barras y con cerrojos la puerta vidriera de la escalinata, y preguntó á la tia Santos:

—Ha vuelto mi padre?

—Todavía no, señorita.

Como Juan Valjean era paseante nocturno, se retiraba ya muy entrada la noche.

—¿Tendreis cuidado de cerrar por la noche con barras las ventanas que dan al jardín y de poner los candados en los anillos? preguntó á la vieja.

—Podeis estar tranquila, señorita.

La tia Santos así lo hacia todas las noches y Cosette lo sabia.

Despues añadió:

—Está tan desierto este sitio!...

—Es cierto, la contestó la tia Santos. Nos podrian asesinar sin darnos tiempo para gritar ¡Ay! por no querer dormir el señor en la casa. Pero no tengais miedo,

señorita; cierro las ventanas y esto queda como una fortaleza. ¡Como estamos aquí mujeres solas!... Esto hace temblar! Figuraos que entren unos cuantos hombres en vuestro cuarto y os digan:—¡Cállate! y empiezan por cortaros la cabeza. La muerte no es lo más terrible, porque al fin y al cabo todos nos hemos de morir; pero es horrible tener que sufrir que nos toquen esos canallas. Además, ¡deben cortar mal sus puñales!...

—Oh, Dios mio! Callaos, dijo Cosette interrumpiendo á la vieja. Cerradlo todo bien.

Atemorizada por el melodrama que acababa de improvisar la tia Santos, y tambien quizás por el recuerdo de las otras apariciones, no se atrevió á decirle:—“Id á ver la piedra que han puesto sobre el banco”, por miedo de volver á abrir la puerta del jardín y que entrasen unos cuantos hombres.

Hizo cerrar todas las puertas y ventanas y que la tia Santos registrase toda la casa, desde la cueva hasta el granero; se encerró en su cuarto, pasó los cerrojos, miró bajo los muebles y bajo la cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche estuvo viendo aquella piedra, tan grande como una montaña y llena de cavernas.

Cuando salió el sol, y el sol cuando sale tiene la propiedad de hacernos reír de nuestros errores nocturnos, y la risa es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido; al salir el sol, repetimos, se despertó Cosette, pensó con espanto en lo que habia soñado y exclamó:—“¡Vaya un sueño que tuve! ¡Lo mismo es este sueño que los pasos que creía haber oído en el jardín dias pasados!... ¿Es que me he vuelto cobarde?” El sol que entraba por las juntas de las ventanas y coloreaba de púrpura las cortinas de damasco la tranquilizó de tal modo, que se borraron de su imaginacion las sombrías impresiones.

—No habia ninguna piedra en el banco, como no habia ningun hombre con sombrero redondo en el jardín; he soñado la piedra como lo demás, se dijo Cosette á sí misma.

Se vistió, bajó al jardín, corrió hácia el banco y se quedó helada al ver que la piedra estaba allí.

Pero esta emocion fué momentánea en ella: el miedo de noche es curiosidad de dia.

—Bah! dijo: veamos esto qué es. Levantó la piedra, que pesaba bastante. Debajo habia un papel en forma de

carta. Era un sobre en blanco: Cosette lo tomó y vió que no tenia sobreescrito por un lado ni obleas por el otro. Estaba abierto, pero no vacío. Encerraba papeles.

Cosette ya no tenia miedo ni curiosidad, sino un principio de impaciencia. Sacó del sobre el contenido, que era un cuadernillo de papel con hojas numeradas, en cada una de las que habia escritas algunas líneas, que le parecieron á Cosette de letra bonita y elegante.

La jóven buscó un nombre y no lo encontró; buscó una firma y tampoco la habia. A quién iba dirigido? Probablemente á ella, ya que habian depositado aquel paquete en su banco. ¿De dónde vendría?

Irresistible fascinacion se apoderó de Cosette. Intentó separar la vista del cuadernillo de papel, que temblaba en su mano; miró al cielo, á la calle, á las acacias alumbradas por el sol, á las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y despues volvió á caer su vista con rapidez sobre el manuscrito, diciéndose á sí misma que debia leerlo.

Hé aquí lo que leyó:

IV.

Un corazon bajo una piedra.

Ela reduccion del universo á un solo sér, la dilatacion de un solo sér hasta Dios: esto es el amor.

El amor es el saludo de los ángeles á los astros.

Triste está el alma cuando está triste por el amor: causa vacío inmenso la ausencia del sér que llena el mundo. Es indudable que el sér amado se convierte en Dios. Se comprenderia que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiera formado evidentemente la creacion para el alma y el alma para el amor.

Basta vislumbrar una sonrisa bajo un sombrero de crespon blanco con adornos de color de lila, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Ciertos pensamientos son oraciones. En algunos momentos, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes que están separados engañan la ausencia con actos quiméricos,

que tienen, eso no obstante, su realidad. Se les impide que se vean, que se escriban, pero encuentran multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. Y por qué no? Dios hizo todas sus obras para servir al amor. El amor es bastante poderoso para emplear en sus mensajes á la naturaleza. ¡Oh primavera, tú eres la carta que yo le escribo!

El porvenir pertenece más al corazón que á la inteligencia. El amor es lo único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor es una parte del alma; es de su misma naturaleza: como ella es una chispa divina, como ella es incorruptible, invisible é imperecedero. Es una partícula de fuego que existe dentro de nosotros, inmortal é infinita, que nada puede limitar ni amortiguar. La sentimos arder hasta en la médula de los huesos y la vemos brillar hasta en el fondo del cielo.

El amor y la adoración constituyen el deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian, de dos miradas que se compenetran. ¡Volveréis á mí, felicidades, paseos de dos solos en la soledad, días benditos y resplandecientes!...

Alguna vez he soñado que de tiempo en tiempo se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles y venían á la tierra á penetrar en el destino de los hombres.

Dios solo puede añadir á la felicidad de los que se aman la duración sin fin. La eternidad del amor, después de la vida del amor, es un aumento verdaderamente; pero acrecentar en su intensidad la felicidad inefable que el amor proporciona al alma en el mundo, hasta á Dios le es imposible. Dios es la plenitud en el cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Contemplais una estrella por dos motivos: porque es luminosa y porque es impenetrable; pues á vuestro lado teneis una irradiación más suave y un misterio mayor: la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Morir por falta de amor es horrible. ¡Es la asfixia del alma!

Cuando el amor mezcla y funde dos seres, formando de ellos una unidad angélica y sagrada, estos seres encuentran el secreto de la vida; son los dos términos de un mismo destino, son las dos alas del mismo espíritu. Amad! Elevaos!

El día que una mujer, al pasar por delante de tí, desprende luz al andar, estás perdido: la amas. Ya no puedes hacer más que una cosa: pensar tan fijamente en ella, que se vea obligada á pensar en tí.

Lo que el amor principia solo puede acabarlo Dios.

El amor verdadero se desespera ó se encanta por un guante perdido ó por un pañuelo encontrado, pero necesita la eternidad para su rendimiento y sus esperanzas: se componen á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si sois piedra, sed imán; si sois planta, sed sensitiva; si sois hombre, sed amor.

Nada basta al amor. Si se logra la felicidad, se desea el paraíso; si se logra el paraíso, se desea el cielo.

Vá ella todavía al Luxemburgo?—No, señor.—Oye misa en esta iglesia?—No viene ya.—Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—A dónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.

Causa la desesperación no saber dónde vive la mujer adorada.

El amor tiene cosas pueriles; las demás pasiones tienen pequeñeces. Avergüenzan las pasiones que empuerqueñecen al hombre y honran las que le convierten en niño.

Me sucede una cosa extraña. ¿Sabéis cuál? Estoy viviendo en profunda oscuridad: existe un ser que al separarse de mí se ha llevado consigo el cielo.

Los que padecéis porque amais, amad más todavía. Morir de amor es vivir.

V.

Cosette después de leer lo anterior.

Durante la lectura, la joven iba cada vez entregándose más á sus reflexiones. Cuando levantó la vista, después de leer la última línea del cuadernillo, el bizarro oficial pasó con aire de triunfo por delante de la verja. Cosette le encontró horrible.

Se quedó contemplando, estática, el cuadernillo de papel, que le pareció escrito con hermosa letra, por la misma mano, pero con diferentes tintas, ya negras, ya blanquecinas, lo que indicaba que estaba escrito en varios días.

Formulaba un pensamiento derramado en el papel, suspiro á suspiro, con irregularidad, sin orden, sin elección, sin objeto, á la casualidad.

Cosette no había leído nunca nada parecido. El manuscrito, que en medio de su oscuridad tenía para ella alguna luz, le causaba el mismo efecto que un santuario abierto. Veía resplandecer ante sus ojos cada una de sus misteriosas líneas, que le inundaban el corazón de claridad extraña.

La educación que la joven había recibido le hablaba siempre del alma y nunca del amor, que era como haberle hablado de la brasa sin ocuparse de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba suave y repentinamente el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin: fué para ella como una mano que se hubiese abierto de súbito y le hubiese arrojado de pronto un puñado de rayos.

Le descubrieron aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente y generosa; una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa; un corazón oprimido y un éxtasis manifestado. Qué venía á ser el manuscrito? Una carta. Una carta sin dirección, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada; un enigma compuesto de verdades; un mensaje de amor, escrito para que lo recogiera un ángel y para que lo leyese una virgen; una cita dada fuera de la tierra; un billete amoroso, dirigido por un fantasma á una sombra.

Descubría el referido manuscrito un alma ausente, tranquila y oprimida, que parecía dispuesta á refugiarse en la tumba, y que enviaba á otra alma ausente el secreto de su destino, la clave de la vida; el amor. Aquellas líneas se habían escri-

Amad. Transfiguración sombría y estrellada acompaña á este suplicio; hay éxtasis en esta agonía.

Envidiable es la alegría de las aves: cantan porque tienen nido.

El amor es la respiración celestial del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus ilustrados, tomad la vida como Dios la hizo: la vida es una larga prueba, es la preparación ininteligible para un destino ignorado. Este destino, que es el verdadero, empieza para el hombre en el primer escalón del interior de la tumba. Entonces se le aparece algo y principia á distinguir lo definitivo.

Lo definitivo! Meditad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito, pero lo definitivo solo lo ven los muertos. Entre tanto amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que solo ama cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Amad á las almas y las volveréis á encontrar.

Tropecé en la calle con un joven pobre que amaba. Iba con sombrero viejo, con levita raída y rota por los codos; el agua penetraba en sus zapatos y los astros en su alma.

Vale mucho ser amado, pero aun vale más amar. La fuerza de la pasión hace el corazón heróico, inspirándose siempre en lo más puro y apoyándose en lo más grande y elevado: en él no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones vulgares, dominando las nubes y las sombras del mundo, las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades y las miserias, habita en el azul del cielo, y solo siente las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de la tierra.

Si no hubiera quien amase se apagaría el sol.

to con los piés en la fosa y el dedo en el cielo; aquellas líneas, cayendo una á una sobre el papel, podrian llamarse gotas del alma.

¿Quién podia haber escrito aquellas páginas?

Solo un hombre; Cosette no lo dudó ni un minuto.

Las habia escrito él.

La jóven sentia que volvia á iluminarse su alma y que para ella habia vuelto á aparecer todo lo perdido, y experimentaba alegría indecible y profunda angustia.

Él era el que la escribia! ¡Él estaba allí! ¡Él habia pasado el brazo por entre los hierros de la verja! Mientras ella le olvidaba, él la buscó y la encontró.

Pero, ¿realmente Cosette habia olvidado á Mario?

No! Nunca! ¡Fué locura creerlo un solo instante! le quiso y le amó siempre. El fuego estuvo cubierto y oculto durante algun tiempo, pero ella lo veia; no hizo más que ahondar un poco y volvió á brillar otra vez y á abrasarla. El cuadernillo de papel fué una chispa del alma de Mario caída en la suya, que reanimó el fuego.

Cosette, repasando los pensamientos del manuscrito, exclamaba:

—Sí, sí... reconozco lo que dice; todo esto lo he leído antes en sus ojos.

Cuando terminaba de leerlo por tercera vez, el teniente Teodulo volvió á pasar por delante de la verja haciendo sonar las espuelas, cuyo ruido hizo levantar los ojos á Cosette, que lo encontró necio, soso, impertinente y desagradable. El oficial la dirigió una sonrisa, pero Cosette le volvió las espaldas, indignada y con vergüenza. De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza. Se marchó del jardin, entró en la casa y se encerró en su cuarto, para volver á leer el manuscrito hasta aprenderle de memoria. Despues lo besó y se lo escondió dentro del corsé.

Cosette habia caído en el profundo amor seráfico: acababa de abrirse para ella el abismo-Edén.

Pasó todo el dia sumida en una especie de aturdimiento. Apenas pensaba: sus ideas estaban en el estado de ovillo enredado en su cerebro: no podia reflexionar, y al través de estremecimientos esperaba algo vago. No se atreveia á prometerse nada, y nada queria rehusarse; sentia palideces en la fisonomía y escalofríos por el cuerpo; le parecia algunos momentos que lo que la pasaba era qui-

mérico, y se preguntaba:—“¿Esto es real?,” Tentaba el manuscrito, lo oprimia contra su corazon, sentia sus dobleces en el pecho, y si Juan Valjean la hubiera visto entonces, le hubiera estremecido la alegría luminosa y desconocida que irradiaba de sus ojos.—“Oh! sí, exclamaba. Es él! Es él el autor del manuscrito!...” Y atribuía el recibirlo á la intervencion de los ángeles, á una casualidad celestial.

Lo que Cosette creía casualidad celestial é intervencion de los ángeles fué la bola de pan, lanzada por un ladron á otro ladron desde el patio de Carlo-Magno á la Cueva de los Leones, por encima de los tejados de la cárcel de la Fuerza.

VI.

Los viejos saben marcharse oportunamente.

Al anoecer salió de casa Juan Valjean y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso el vestido que más le gustaba. ¿Iba á salir? No. Esperaba alguna visita? Tampoco.

Vestida bajó al jardin. La tia Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al patio de detrás.

Cosette empezó á pasear bajo los árboles, separando de vez en cuando las ramas bajas que encontraba al paso, hasta que llegó al banco.

Estaba allí la piedra todavía.

Se sentó y posó sobre la piedra su blanca mano, como si quisiera acariciarla para manifestarla su agradecimiento.

De repente sintió la impresion indefinible que se experimenta cuando tenemos alguno en pié detrás de nosotros antes de verle. Volvió la cabeza y se levantó del banco. Era él.

Estaba con la cabeza descubierta, flaco y pálido, vestido de negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubria de sombra sus ojos. Ofrecia el aspecto de la muerte y de la noche bajo un velo de incomparable dulzura. Iluminaban su fisonomía la claridad del dia que muere y el pensamiento de un alma que se vá. Parecia que aun no era fantasma, pero que ya no era hombre.

Su sombrero estaba en tierra, sobre la yerba, á pocos pasos de él.

Cosette se sintió próxima á desfallecer, pero no lanzó ni un grito.

Retrocedió lentamente, porque se sintió atraída. El no se movió. Cosette sentia que la traspasaba la mirada de los

ojos del jóven, que ella no podia ver al través del velo inefable y triste que la cubria.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol y se apoyó; sin este apoyo hubiera caído al suelo.

Entonces oyó una voz, una voz que realmente no habia oído nunca, que apenas sobresalia del murmullo de las hojas y que murmuraba lo siguiente:

—Perdonadme si estoy aquí. El corazon me rebosa; no podia vivir en este estado, y he venido. ¿Leisteis los pensamientos que os dejé sobre ese banco? ¿Me conocéis? No me temais. ¿Os acordais del dia, ya lejano, en que me mirásteis? Fué en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Os acordais de los dias que pasásteis cerca de mí? Fueron el 16 de Junio y el 2 de Julio. Hace cerca de un año. Hace muchísimo tiempo que no os veo. Pregunté á la alquiladora de sillas y me contestó que ya no os veia. Viviais en la calle del Oeste, en un tercer piso de una casa nueva; lo averigüé siguiéndoos. Hice lo que debí. Despues habeis desaparecido. Creí veros pasar una vez, estando leyendo un periódico bajo los arcos del Odeon, y corrí á vuestro encuentro; pero no érais vos, era una jóven que llevaba un sombrero como el vuestro. Vengo aquí por la noche. Pero no temais, que nadie me vé; vengo á mirar de cerca vuestras ventanas. Ando con suavidad para que no me oigais, para no causaros miedo. La otra noche estaba detrás de vos, volvísteis la cabeza y hui. Una noche que os oí cantar fuí feliz. No os molestará que os oiga cantar al través de las persianas, no es verdad? ¡Sois mi ángel! Dejadme venir. Creo que moriré pronto. Os adoro! Perdonadme: os hablo y no sé lo que me digo; os incomodo tal vez. Os incomodo?

—Oh, madre mia! exclamó Cosette, cayendo como desfallecida.

El la cogió, porque iba á caer; la estrechó en sus brazos, sin conciencia de lo que hacia, y la sostuvo. La jóven temblaba. Mario creía tener la cabeza llena de humo y ver pasar relámpagos ante sus ojos, pareciéndole que realizaba un acto religioso y que al mismo tiempo cometia una profanacion; pero no le inspiraba el menor deseo aquella mujer seductora, cuyas formas palpitaban sobre su pecho.

Estaba admirado de amor.

La tomó una mano y se la puso sobre el corazon; sintió el contacto del cuader-

nillo de papel que allí tenia guardado y balbuceó:

—Me amais, pues?

Cosette le respondió con voz baja y casi imperceptible:

—Cállate! ya lo sabes!...

Y ocultó el semblante ruboroso en el pecho del jóven, que estaba ébrio de orgullo.

Mario cayó sobre el banco y ella á su lado.

No encontraban palabras que decirse. Las estrellas empezaban á brillar. ¿Cómo fué que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre, que el Mayo derrama su fragancia y que el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre ondulante de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se estremecieron y se miraron en la oscuridad con ojos brillantes.

No sentian el frio de la noche, ni la frialdad de la piedra del banco, ni la humedad de la tierra, ni la de las hojas; se contemplaban y sentian el corazon lleno de pensamientos. Tenian las manos cogidas casi sin saberlo.

Cosette nada preguntaba á Mario, ni pensaba siquiera por dónde habia entrado, ni cómo pudo penetrar en el jardin. ¡Le parecia ya tan sencillo que estuviese allí!...

De vez en cuando la rodilla de Mario rozaba con la rodilla de Cosette y ambos se estremecian.

Por intervalos la jóven tartamudeaba alguna palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío sobre una flor.

Poco á poco se hablaron. La expansion sucedió al silencio, que indica plenitud.

La noche se cernia, espléndida y serena, sobre ellos. Aquellos dos seres, puros como dos espíritus, se lo dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus desfallecimientos, lo mucho que se querian desde lejos, cuánto se habian deseado y cómo la desesperacion se apoderó de ellos cuando dejaron de verse. Confiáronse recíprocamente en intimidad ideal lo que tenian más oculto y misterioso. Se refirieron, con fé cándida en sus ilusiones, cuanto el amor y la juventud les hacia pensar. Sus corazones se derramaron uno en otro de tal modo, que despues de una hora cada uno era dueño del alma del otro. Se